

## LA IDEA DE SU CONSTRUCCIÓN

Transcurría el día de San Antolín de 1948. Medina del Campo, en su día grande, bullía en alegría y ambiente de júbilo. Gentes de toda la comarca habían ido llegando desde las primeras horas de la mañana. Algunos, más aguerridos, lo habían hecho la noche anterior. El encierro congregaba una enorme multitud. Desde el alba, la Plaza Mayor era un hervidero.

Tras las carreras del encierro, que transcurría desde La Golosa hasta el coso de madera instalado en la plaza, el gentío daba cuenta del café con leche, los churros y la copa de aguardiente. Antes habían sido las sopas de ajo. Luego mientras unos tomaban el aperitivo, los tratantes de ganado cerraban frenéticamente negocios, vendían cabezas, regateaban precios, manejando la plomada y la balanza con una especial celeridad.

Después de la comida y tras una breve siesta. ¡A los toros! Este año, una vez más, el recinto taurino se encuentra situado, en la Plaza Mayor, en el emplazamiento al que antes nos hemos referido. La superficie comprendida entre el atrio de la colegiata, el Ayuntamiento, desde la esquina de la calle del Almirante hasta las confluencias con las de Simón Ruiz y Juan Bravo.

A las cinco no cabe ya un alfiler. Las talanqueras, los tablados y los balcones de las casas colindantes se encuentran atestados de personal. Los hombres, con sus boinas, sus mejores panas, la camisa blanca de fiesta. Las mujeres engalanadas, y los chicos removiéndose la capa de arena que cubre el empedrado, los más valientes. Los que gustan de recortar los novillos. Los que quieren alardear delante de los ojos de su amada. Algún inconsciente, a quien los vapores etílicos no permiten percibir el peligro de los astados.

Llegado el alcalde, saca el pañuelo y la fiesta comienza. El público, ya impaciente, había comenzado a silbar, mientras la banda de música se desgañitaba tocando pasodobles, repitiéndolos una y otra vez, tras agotar su escaso repertorio. Pero ha salido ya el toro y por unos momentos el silencio se hace presente. El toro, alto y bien armado, da tres o cuatro frenéticas carreras, persiguiendo a los mozos y derrotando furioso contra las improvisadas barreras. Hay gritos de angustia cuando alguien es revolcado, o se emplaza en el centro del redondel. Recula, remolonea y gazapea. Escarba y se echa arena a los lomos. Y cuando algún mozo se acerca, emprende una seca arrancada. Y vuelve de nuevo a su posición.

Tras el toque del clarín salen los cabestros haciendo sonar sus cencerros. Altos, desgarrados, de espectaculares pitones. Son embargo, tienen andares cansinos y la mirada triste y derrotada. Sobre sus lomos berrendos, jaboneros y cárdenos se ven la huellas que el encierro ha dejado en su parsimonia envuelven al novillo y lo reconducen a la tranquilidad y frescor de los corrales. El astado les sigue buscando algo de paz tras la agitada lidia.

En un segundo piso de una casa sita en la esquina formada por la Plaza Mayor y la calle del Almirante, presenciando el festejo desde el balcón se encuentran varios miembros de la familia Casares. Su anfitriona, Angelita Araoz. Entre ellos, mi abuelo Manolo, próspero industrial y su sobrino Emilio, profesor mercantil y catedrático de francés, quien como todos los años ha acudido desde Valladolid para presenciar encierros y capeas. Sin embargo, esta tarde se encuentra mortalmente aburrido. Este es su testimonio: "El espectáculo de la capea de aquel día se desenvolvía de una manera monótona, aburrida y hasta inaguantable. Entre las varas de los actuales y la mortecina arrancada del toro, ausente de interés y emoción, pasaron un par de horas que me parecieron interminables".

Emilio, gran aficionado a los toros, había comenzado a seguir la fiesta desde muy chico. Tanto en Valladolid, como durante sus estudios den Madrid, se había vinculado a grandes aficionados. Gustaba de presenciar corridas y por ello el espectáculo de las capeas le aburría sobremanera. Fue entonces cuando le comunicó a su tío una idea que había ido fraguando en su mente hacía ya largo tiempo.

- Tío, viendo esto ¿no cree que el pueblo de Medina reaccionaría favorablemente ante la situación de las capeas, no de los encierros, por los espectáculos en una plaza de toros construida a tal efecto?

La respuesta de mi abuelo fue contundente. Parecía como si en él también hubiese germinado esta idea hacía ya largo tiempo. De tal forma que comenzaron a hablar y a los cinco minutos se hallaban entusiasmados con el proyecto. Mi abuelo fue contundente. Parecía como si en él también hubiese germinado esta idea hacía ya largo tiempo. De tal forma

que comenzaron a hablar y a los cinco minutos se hallaban entusiasmados con el proyecto. Mi abuelo le dijo a Emilio:

- ¿Estás dispuesto a hacer un estudio meditado y que pueda tener visos de realización a tal efecto?

- En pocos días puedo tenerlo preparado, tío.

Acabada la fiesta, Emilio marcha a Valladolid. En su mente iban bullendo muchas ideas. Nada más llegar se puso manos a la obra. Y dos días más y las gestiones a realizar. Francisco Chamorro tuvo asimismo destacada participación en el proyecto.

Todo comienza con una entrevista con el por entonces Alcalde don Aurelio Rojo, quien les atiende de modo solícito. Les escucha con atención, les anima en el empeño y les promete su ayuda incondicional. Finalmente le insta a que presenten en la Corporación Municipal un anteproyecto lo más detallado y minucioso posible.

El proyecto se presenta al Ayuntamiento tres días después, el 7 de septiembre, aún en plenas fiestas. Era un documento bien elaborado en el que se pormenorizaban las pretensiones de tal idea. A.", en la que podrían participar cuantos medinenses lo desearan, mediante la suscripción de acciones que alcanzasen para cubrir el presupuesto de las obras.

En el anteproyecto se aludía a los siguientes extremos:

1. La construcción de una plaza como necesidad sentida por todo el pueblo y que estuviese acorde con la categoría de la ciudad.
2. Armonización en su construcción tanto de la rentabilidad de la sociedad como salvaguarda de los intereses del Ayuntamiento.
3. Solicitud a la Corporación de que se concediera la construcción del coso taurino en los terrenos municipales del Mercado de Ganados, que al mismo tiempo mejoraba y actualizaba sus instalaciones, constituyéndose como la base económica del proyecto, participando en sus ingresos y con la idea de la reversión de la plaza a los municipios al cabo de un número de años a determinar.

La idea era contar con una plaza de toros para las fiestas de San Antolín del año siguiente. Sin embargo, finalmente, mi abuelo Manolo consiguió, antes de que se procediese por el Ayuntamiento a la redacción de la propuesta final, hacerse responsables único y solidario de cuantas obligaciones y derechos derivase del contrato, y por ende, correr con todos los gastos de construcción y otros que se produjesen.

Así se procedió a la redacción y expedición del contrato definitivo, entre el Excelentísimo Ayuntamiento de Medina del Campo y don Manuel Casares Ramos que se acordó, por aclamación el 31 de diciembre de 1948, dándole traslado inmediato de lo acordado a mi abuelo.

Adjuntos van los documentos del proyecto de 7 de septiembre y el contrato entre don Manuel Casares y el Ayuntamiento, de 31 de diciembre de 1948.